

queños regalos que he podido hacerle, aunque mis recursos se hallan reducidos con tantos retrasos y tantos robos, y manifiesta altamente su alegría y su gratitud, diciéndome que se avergüenza de los temores que al principio le inspiró nuestra llegada; añade «que se encarga de expedir un mensaje para notificar al rey del Uganda nuestras intenciones de hacerle una visita y darle cuenta favorable de nuestro modo de portarnos con los príncipes del país. La etiqueta lo exige así, y si no fuésemos recomendados de antemano, nos detendrían á cada paso, mientras que con una palabra suya, merced á la influencia de que gozaba en el Uganda, se allanarían todos los obstáculos. Es verdad que de este modo se perdería un mes, en atención á la distancia, pero podríamos emplearlo en visitar el país en todas direcciones escoltados por Nnanaji y sus hijos, que se ofrecían á servirnos de guías. Por último, dice Rumanika, que si al marchar no me quedase nada con que hacer regalos al rey del Uganda, podría tomar en sus almacenes lo que me faltase, y él me acompañaría ó me haría acompañar por Nnanaji hasta las fronteras del Uganda para ponerme á cubierto de las invasiones de Rogero.»

28 y 29 de noviembre.—Una delicada insinuación me ha hecho comprender que Vuazezeru esperaba de mí algunas frioleras debidas á la categoría que ocupa en el Estado. Un cobertor de lana y setenta y cinco gruesas perlas azules que le he enviado al momento, han obtenido la mejor acogida. El rey, siempre atento con nosotros, nos ha enviado sus músicos que nos han dado una serenata oficial. La música militar de los regimientos turcos se parece mucho á la que oímos entonces, ejecutada en instrumentos de caña en forma de telescopios y en tambores que marcaban el compás. La orquesta comenzó por pasarse de un lado á otro tocando poco á poco; y esta marcha, por transiciones insensibles, se vino á convertir en la que suele tocar la *cornamusa* escocesa. Cuando habíamos despedido á nuestros concertantes con algunos granos de rocalla, Nnanaji vino á buscarnos para llevarnos de caza á las montañas que dominan el lago. Llevaba consigo á los hijos del rey, muchos ojeadores y una media docena de perros. Al subir las cuestas de césped, los jóvenes príncipes, de formas atléticas, se divertían en mostrar su talento como arqueros, y en realidad no he visto nunca tales proezas; sus flechas pasaban por cima de los árboles mas elevados y daban en el blanco de muy lejos con una precisión maravillosa. La caza no tuvo por otra parte ningun resultado satisfactorio. No hallamos mas que dos ó tres *montanas* y algunos antílopes enanos demasiado bravíos para ponerse á tiro.

Por la tarde, al volver al campamento, atrajeron mi atención las altas cimas cónicas situadas en el

Ruanda y que resplandecían con los rayos del sol poniente. Esto me trajo á la memoria las relaciones vagas de los árabes respecto de una montaña maravillosa siempre perdida en las nubes y sobre la cual caían continuamente la nieve y el granizo. Este descubrimiento fortuito tiene su valor, porque he averiguado que el principal punto de distribución de las aguas del Africa central se halla justamente en aquellas alturas.

Puse manos á la obra sin perder tiempo, y reuniendo todos los viajeros que se hallaban á mi alcance, obtuve las indicaciones topográficas que he anotado en mi carta de viaje, hasta el 3° de latitud Norte entre los 36 y 26° de longitud Este.

No esperaba ciertamente hallar entre estos salvajes tantos y tan correctos informes acerca de países lejanos, pero la verdad es que mis observaciones personales y la concordancia de los testimonios tomados de diversas fuentes, me han revelado en ellos, conocimientos prácticos tan estensos como variados. Así no diré yo á nadie que niegue, á no ser en ello mismo terreno y por investigaciones personales, los datos geográficos que le proporcionen. No tengo idea de que en la extensión de los lagos secundarios, y mas especialmente del Luta Nzigé, del cual he oído hablar en mi primer viaje, se encuentre sal en sus orillas así como en una de sus islas. Los indígenas del Karagué á solicitud expresa de Rumanika, me dijeron que se le podía atravesar en una semana, mientras que era preciso un mes para atravesar en canoa el diámetro del Victoria N'yanza. En cuanto á las montañas cónicas del Ruanda, que forman la meseta llamada Mfumbiro, calculo su altura en 10,000 pies, y se asegura que las «Montañas de la Luna» no tienen un pico mas elevado.

30 de noviembre.—Se decide que Kachuchu llevará el encargo de anunciar nuestra visita al rey Mtesa. Pedirá para nosotros de parte de Rumanika, una acogida digna de nuestra alta categoría y de nuestras intenciones desinteresadas: nuestro huésped sale garante de todo lo que podamos hacer, como si fuéramos sus propios hijos, y desea que se nos preserve de todo accidente para volvernos á poner bajo su protección cuando se haya cumplido el objeto de nuestro viaje. Un regalo de mi parte debe acompañar á este mensaje. Yo habia pensado al principio enviar al rey Mtesa mi carabina revolver, pero Rumanika me disuadió de este proyecto diciendo «que podría tener consecuencias funestas si el rey del Uganda llegaba á asustarse de aquel arma desconocida y á mirarla como un hechizo perjudicial, en cuyo caso nos cerraría la entrada de sus dominios.» Siguiendo el consejo de nuestro huésped reemplazo la carabina por tres piezas de cotonía, y despues de la partida de Kachuchu, para mostrar cuánto estimamos el buen

procedimiento del rey, le ofrezco varias bagatelas para su tesoro de curiosidades, un cortaplumas de tres hojas, una caja de papeles, un portaplumas de marfil, etc.; Rumanika se informa minuciosamente del uso á que cada objeto está destinado, y despues lo coloca con gran cuidado en la gran caja de hoja de lata, que es el regalo que le inspira mas orgullo entre todos los que le he ofrecido.

Nnanaji, en cambio de un tocado de perlas que le dí para indemnizarle de un fusil que codiciaba y que mis principios, fijos en esta materia, no me permitían ofrecerle, me envió un novillo y varios jarros de pombé. Mi gente aprovechó la ocasión para embriagarse de la manera mas absurda. Baraka llegó hasta permitirse pegar á una de nuestras mujeres, lo que ha suscitado en todo el campamento un tumulto indescriptible.

De los informes tomados sobre este punto, resulta, que la mujer, explotando la mútua envidia de Bombay y de Baraka, coqueteaba con los dos en regla. En aquel día manifestaba altamente su preferencia á Bombay, pero Baraka, exaltado por la bebida, se vengó como acabo de decir. No pude convencerle de su falta en aquella situación; pretendía hallarse en su derecho, mientras que Bombay hacia valer con cierto fondo de verdad la superioridad de su celo y de su adhesión comparada con la de Baraka. Para este último, yo era un hombre temerario que podía aventurar mi vida, pero no tenia derecho á comprometer la de los demás con sus antojos; mientras que al contrario para Bombay, así en la mala como en la buena fortuna, era un amo omnisapiente sobre cuya palabra se podían y se debían intentar ciegameente todas las empresas y arrostrar todos los peligros.

3 de diciembre.—Rumanika salió esta mañana para una montaña situada al otro lado del «pequeño Windermere», la cual domina el Kishaka y el Karagué. He manifestado el deseo de estudiar á fondo el sistema hidráulico de las Montañas de la Luna, y mi huésped quiere mostrarme cómo el Kitangulé se alimenta á expensas de varios lagos pequeños y de vastos pantanos. Salió al apuntar el día y tomó el camino de tierra, pero me ha invitado á seguirle en canoa, y en efecto encuentro á orillas del lago mis embarcaciones ya preparadas. Estas son tan pequeñas que apenas caben en ellas dos personas además de los dos remeros. Nos abrimos paso con mayor ó menor trabajo por entre el espeso bosque de cañas que cubre esta parte del lago, pero una vez en sitio despejado gozamos de un espectáculo magnífico. Un espeso césped cubre las laderas de los montes que nos rodean; aquí y allí se ven grupos de acacias de formas indecisas y casi nebulosas, y mas arriba, y por consiguiente mas en lontananza, aparecen algunos árboles aislados, entre los cuales se distingue

el gigantesco aloes medicinal. Al llegar al segundo lago al pie de la montaña que vamos á explorar (la Moga-Namirinzi), un golpe de remo nos lanza á la playa, donde nos esperan multitud de espectadores respetuosos á cuya cabeza está Nnanaji. Desembarco con la gravedad de un soberano al ruido de una música estrepitosa, y precedido por ella nos dirigimos á donde nos esperaba Rumanika instalado para recibirnos en su palacio de las fronteras. Tendido sobre una piel de antílope nzoe nos recibe con su habitual sonrisa. La comida, servida inmediatamente, se compone de bananas cocidas y de pombé, y á los postres se nos da una pipa de escelente tabaco. Rumanika no es insensible á la idea de ver su nombre popularizado por mis escritos, parece inspirado de un gran celo en favor de la geografía y me conduce á la orilla del Kagera, donde con gran sorpresa mia hallamos las canoas que habíamos dejado en el lago al otro lado de la montaña. Esto demuestra de un modo victorioso, y por el hecho mismo de la navegación, las relaciones que existen entre ese receptáculo de las tierras altas y los rios que al secarse dejan ver los diferentes picos de las Montañas de la Luna. Yugezi-Kagera es por sí mismo una corriente de agua profunda y bien alimentada. Sin embargo, no es el principal de los que vierten en el Kitangulé el exceso de las aguas que corren de los valles montañosos; pude pues juzgar al primer golpe de vista cuán poderoso tributario tiene el Victoria-N'yanza en el Kitangulé.

Lleno de gozo por todos estos descubrimientos que debía á Rumanika, busqué un medio de hacerle participar de mi contento, y me dirigí al doctor K'yengo para preguntarle cuál de los objetos que él sabia que eran míos podrían ser agradables á S. M.; supe entonces que el objeto de sus mas vivos deseos era la carabina revolver que al principio habia destinado para Mtesa y que me la hubiera pedido si no hubiese tenido ciertos escrúpulos hospitalarios. Pensé entonces ofrecérsela, y con esta idea le dejé para ir á unirme con Grant, mientras él pasaba la noche cerca de la tumba de su padre Dagara, en cuyo honor habia decidido sacrificar un buey á la mañana siguiente.

4 de diciembre.—Rumanika ha vuelto á su palacio en la carroza de ceremonia, la cual consiste en un gran cesto cubierto, fijado en dos palos muy largos y llevado en hombros de la gente de la escolta. En seguida fui á ofrecerle mi carabina con un buen surtido de municiones, y manifestó un contento sin límites al hallarse poseedor de un arma tan extraordinaria que le daba, según creía, un ascendiente irresistible sobre sus enemigos en general, y en particular sobre su hermano Rogero, á quien odia todavía como antes. Ha querido que yo participe de su

odio contándose bajo el sello del secreto ciertos pormenores que se referían de un modo mas ó menos auténticos á la historia del Karagué. Parece que á la muerte de Dagara, su cadáver como el de todos sus predecesores fue cosido dentro de una piel de vaca, puesto en una barca y abandonado en seguida á las aguas del lago. Tres dias despues, habiendo comenzado la descomposicion, fueron á buscar tres de los gusanos que habia engendrado para llevarlos al palacio y ponerles bajo la custodia del heredero presunto; pero en vez de continuar como estaban, uno de estos gusanos fue metamorfoseado en leon, el otro en leopardo y el tercero en baston, despues de lo

cual el cuerpo del rey fue llevado á la montaña Moga-Naminzi, donde el pueblo, en vez de darle sepultura, construyó una cabaña y le puso en ella; despues metieron en esta cabaña cinco doncellas y cincuenta vacas, y cerrando sólidamente todas las salidas las dejaron morir de hambre.

Vino en seguida la cuestion de la sucesion al trono. Delante de los tres pretendientes (Rumanika, Nnanaji y Rogero), los depositarios provisionales de la autoridad real mandaron llevar un tamborcito simbólico, ligero como una pluma, pero que una vez cargado de talismanes, llegó á tener un peso demasiado grande para que nadie pudiera levantarlo de



Las bellezas de la caravana.—De fotografía.

tierra escepto el hombre en quien los espíritus reconocieran al heredero legítimo del rey difunto. Ahora bien, Rumanika fue el único de los tres hermanos que tuvo buen éxito en esta prueba decisiva; mientras que los otros agotaban en vano sus fuerzas, él sin el menor trabajo, y con la punta del dedo, levantó el tambor misterioso.

El doctor K'yengo, suponiendo que no bastaban todos estos prodigios para dejar bien sentada á nuestros ojos la legalidad de su soberano, creyó necesario estenderse mas acerca de esta dudosa mitología; contóme que aun despues de la prueba del tambor habian obligado á los competidores á sentarse uno despues de otro sobre un punto del territorio nacional en que el suelo en tales casos, elevándose como un telescopio que se abre, les sube gradualmente hasta el cielo. Una vez allí, aquel cuyas pretensiones al trono son ratificadas por los espíritus baja á la tierra por una serie de aplanamientos del terreno que nada tienen

de peligrosos, mas cuando estas pretensiones no son ratificadas, la cima elástica se repliega de improviso, y el pretendiente á quien los espíritus rechazan, corre el peligro de estrellarse en la caída. Rumanika, confirmando las palabras del doctor, confesaba que habia salido de esta prueba de la manera mas feliz del mundo. Yo me permití preguntarle si al llegar á las altas regiones atmosféricas habia sentido un frio bastante vivo, y como respondiese afirmativamente á esta pregunta, cuya estrañeza le hacia reir, le rogué que me explicase las leyes naturales que con tan favorable ocasion habia tenido lugar de observar. Esto puso al rey y al doctor perplejos, y el doctor, conociendo que yo me burlaba de ellos, creyó poner remedio á sus imprudencias diciendo: «No, no, es un gran calor lo que debisteis experimentar, porque cuanto mas subíais, mas os acercábais al sol.»

5 de diciembre.—Rumanika, esta mañana, me ha enviado un jóven nzoe macho (*water-bock* ó *tragela-*



Campamento de viajeros en el exterior del palacio del Karagué.

*plus spekii*) que sus bateleros habian cogido espresamente para mí, por orden de su amo, entre las grandes cañas que obstruyen la parte superior del lago. Deseaba examinar particularmente este animal, acerca del cual Musa y los árabes de Kaseh me habian referido cuentos bastante estraños. Despues de un examen detenido, me pareció que era muy próximo pariente del *léché* ó antilope de agua hallado por Livingstone en el lago Ngami, solamente que en lugar de ser su piel parecida á la de la zebra, ofrecia algunas ligeras manchas, y la longitud de la parte anterior del pie debe hacerle cosa imposible el correr por la tierra seca. Su piel en cambio, perfectamente adaptada al húmedo elemento en que vive es de una longitud y una solidez notables. Los indígenas la prefieren por su duracion á la de toda otra especie de antilopes. El zoe se alimenta esclusivamente de las panojas que producen las grandes cañas del género papyrus. Bebe y come pacíficamente, pero se lanza con cierta especie de ferocidad sobre todo el que se aventura á acercársele demasiado.

Por la noche, Rumanika nos invitó á Grant y á mí á asistir al «besamanos de la luna nueva,» ceremonia que se renueva cada mes para probar la gran lealtad que los súbditos del rey tienen á su soberano. A nuestra llegada al recinto del palacio, lo primero que vimos, fue un cuerno de antilope azul lleno por K'yengo de polvos mágicos é introducido en el suelo, con la base vuelta hácia el lado de los dominios de Rogero. En el segundo patio hallamos treinta y cinco tambores puestos en fila detrás de cada uno de los cuales estaba un hombre armado de dos baquetas. Salieron á recibirnos jóvenes príncipes y grandes dignatarios que nos acompañaron al tercer recinto donde Rumanika estaba sentado en el suelo al umbral de su principal cabaña, dejándonos entrever su fisonomía siempre risueña medio oculta por la sombra del pórtico. Tenia en la cabeza una tiara de abalorios de cuyo centro, precisamente encima de su frente, se elevaba un penacho de plumas rojas; dos carrilleras, igualmente de abalorios, bajaban desde las sienas hasta debajo de la barba y le rodeaban despues el cuello formando una especie de corbata. Hizonos seña de que nos sentáramos en tierra cerca de Nnanaji, que desempeñaba el cargo de maestro de ceremonias, y del grupo de altos empleados que permanecia en el interior del pórtico. Entonces los treinta y cinco tambores comenzaron á sonar á la vez, y cuando cesó el estrépito, una orquesta menos numerosa, compuesta de tambores portátiles y de flautas de caña, vino á su vez á alegrar nuestro oido.

Esta segunda parte de la diversion terminó cuando se cansaron los músicos, y entonces comenzaron las ceremonias oficiales. Cada jefe de distrito, uno detrás de otro, se fué adelantando al principio sobre la

punta del pie, despues deteniéndose para imprimir á su cuerpo toda especie de contorsiones y de vibraciones estrañas, y acercándose ultimamente por medio de pequeños saltos estendiendo y torciendo los brazos como para arrancarles de sus coyunturas. Durante toda esta pantomima tenian en las manos, ya las baquetas del tambor, ya ramas de árboles, y con locos clamores protestaban de su celo y adhesión al rey, pidiéndole que les hiciese cortar la cabeza si alguna vez retrocedian delante de sus enemigos; despues, arrodillados á sus pies, le tendian las baquetas ó los ramos simbólicos para que se dignase honrarlos con un ligero contacto. Alternando así las genuflexiones con la música y la música con las genuflexiones, sin mas tregua que una danza ejecutada por cierto número de doncellas, cuyos saltos un poco primitivos nos recordaban el *fling* de las ferias escocesas, terminó la solemnidad.

6 y 7 de diciembre.—Rumanika, no pudiendo hacerme participar de sus intenciones hostiles respecto de Rogero, se limita á pedirme un amuleto que prolongue su vida y le asegure una posteridad mas numerosa. Me libro de sus instancias dándole un vejigatorio; despues de lo cual, cambiando de conversacion, hablamos de la creacion del mundo, y le encuentro mas atento á mis esplicaciones de lo que yo habia creído. Por otra parte, sus preguntas demuestran una rara inteligencia. Trata de investigar los efectos y las causas, y quisiera saber por qué se desmembran los imperios. El Karagué, por ejemplo, comprendia en otro tiempo el Usundi, el Ruanda y el Kishakka; era entonces el reino de Merú gobernado por un solo príncipe. ¿Cómo ha cambiado todo esto? Al responder á esta pregunta, trato de hacerle comprender la influencia de las doctrinas cristianas sobre la estabilidad y el poder de los gobiernos. Mediante los pormenores en que tengo que entrar, le hago convenir, sin gran trabajo, en que el ascendiente de la pluma debe ser superior al de las armas, y en que la máquina de vapor, el telégrafo eléctrico, etc., sobrepujan mucho á todas las maravillas de que ha podido oír hablar.

Si yo quisiera podria aceptar los mas magníficos presentes en marfil, pero rehusó cortésmente estas ofertas régias. Las personas notables de mi país, digo á Rumanika, cuando hacen un viaje de recreo, no buscan un provecho mercenario; mi residencia en el Karagué me habrá dejado buenos recuerdos que mis libros transmitirán á la posteridad mas remota, y en memoria del tiempo feliz que he pasado á su lado, no aceptaré sino un objeto de curiosidad sin valor alguno, por ejemplo, un cuerno de vaca. El que me dió en el acto tiene una longitud de 3 pies y 5 pulgadas, y su circunferencia en la base es de cerca de 19 pulgadas. Igualmente me dió un cobertor hecho de pe-

queñas pieles de antilope n' yera preparadas y reunidas con minucioso cuidado; pero como me habia dicho que le habia recibido de regalo, se le devolví manifestando que nosotros teníamos á orgullo no deshacernos jamás de lo que nos da un amigo. Esta idea le dejó muy complacido, y me prometió conservar siempre lo que habia recibido de mí.

8 y 9 de diciembre.—He ido á ver al rey, á quien he regalado una baraja de naipes que inmediatamente fue depositada en su tesoro de curiosidades. Contestando á una espresa pregunta mia, me ha enumerado los objetos que los huéspedes venideros pueden traerle por ser los que mas le agradan, citándome por ejemplo una tela bordada de oro y de plata; pero lo que prefiere á todo son juguetes de niños, figuras de movimiento, cajas de chasco, soldados de plomo, muñecas, modelos de animales, carruajes, etc. La gran maravilla á sus ojos es uno de esos relojes de cuquillo americanos, cuya esfera, puesta en una figura humana ocupa el lugar del vientre y cuya péndola imprime á los ojos una oscilacion regular que les da una apariencia de vida.

El 9 se organizó una caza para que pudiera yo matar algunos rinocerontes como deseaba. Al apuntar el día nos dirigimos á las alturas que dominan el extremo superior del lago Windermere. Todos los hombres del país habian sido convocados para una batida general, y despues que me señalaron el puesto mas favorable, comenzaron á ojear á mi lado por todas las malezas. Pronto vimos aparecer un hermoso rinoceronte macho que se acercaba á mí, pero sin saber todavia precisamente por qué lado huiria. Mientras estaba así perplejo, me dirigí hácia él ocultándome entre la maleza, y divisiéndole al lado de un árbol, le disparé en el costado mi fusil Blissett. El tiro le hizo tomar una rápida carrera; pero poco á poco, debilitado por la pérdida de sangre, se fue deteniendo, y al fin cayó en tierra, donde pude rematarlo.

Aterrados los jóvenes príncipes por el ruido del tiro, acudieron casi al mismo tiempo para saber lo que habia pasado. Al principio, apenas querian creer lo que veian, pero despues, con el instinto de la cortesía, que es el patrimonio de la gente de buena educacion, me felicitaron tendiéndome la mano, por haberme acercado con tanta serenidad á un animal tan formidable.

Todavía estaban felicitándome, cuando un grito lejano nos anunció la presencia de otro rinoceronte oculto en la espesura. Al llegar á donde me llamaban, ví que apenas me podrian acompañar dos hombres que llevaran mis fusiles de repuesto por aquel espeso bosque, que las fuertes espinas de las acacias hacian casi impenetrable como no fuera en los parajes abiertos por los mismos animales á quienes sirve de refu-

gio. Guiándome como pude y encorvándome hasta el suelo, llegué á la mitad del camino, cuando ví salir delante de mí, dando un enorme ronquido una gran hembra seguida de su cachorro. En aquella dificultosa coyuntura fue preciso absolutamente separarse á un lado á pesar de las espinas que me destrozaban la cara, pero la disparé una bala que la dió en la cabeza y la hizo salir á campo raso, donde la perseguí y la herí de nuevo. Ella se dirigió á la montaña, y yo corriendo detrás, entramos en una espesura mayor que la primera que cerraba la boca de un estrecho valle. Allí encontré otros tres rinocerontes, que al verme me cargaron de frente todos á la vez. Por fortuna, los que llevaban mis fusiles no me habian abandonado, y pude por consiguiente, á fuerza de saltos á un lado y á otro, herir alternativamente á mis tres enemigos. Uno de ellos cayó muerto á poca distancia, pero los otros no pudieron detenerse sino á la falda de la ladera á donde se habian lanzado. Por mi parte estaba ya satisfecho de caza, pero á petición de los príncipes la continué. Uno de los dos rinocerontes tenia la pierna rota. Me dirigí al que me pareció intacto y le disparé otro tiro que no tuvo mas efecto que hacerle huir. Volviendo entonces hácia el primero, que no podia tomar la fuga, invité á los vuan-yambos á que le acabasen con sus flechas y lanzas para formar una idea de sus cazas habituales. Sin embargo, el animal nos atacó tan vigorosamente, que fue imposible acercarse á él demasiado. Un segundo tiro le obligó á estarse quieto, y cuando ya era incapaz de defenderse, nuestros hombres se arrojaron sobre él. Jamás he visto un desenlace mas sangriento. Cada uno iba á su vez á clavar su lanza, azagaya ó flecha en las entrañas de la víctima inmóvil, cuyo cuerpo concluyó por parecerse al de un puerco-espín. Yo me alejé en seguida dejando la orden de cortar las dos cabezas y llevarlas al soberano como un trofeo de los cazadores blancos.

«Esto, dijo Rumanika, es sin duda efecto de algo mas fuerte que la pólvora; ni los árabes ni mi hermano Nnanaji, aunque se jactan continuamente de sus proezas, han hecho nunca nada semejante. No es estraño que los ingleses sean el primer pueblo del mundo.»

14 de diciembre.—He ido á ver á una cuñada del rey para estudiar de mas cerca uno de esos fenómenos de obesidad de los cuales he hablado á mis lectores. Ésta, como la otra de que he hablado, no puede andar sino á la manera de los cuadrúpedos. Para conseguir que se deje examinar minuciosamente y que me dé licencia para tomar medidas exactas de todas sus dimensiones, me ofrezco á enseñarla mis brazos y mis piernas en el estado natural. Esta hija de Eva muerde la manzana, y cuando serpenteando y arrastrándose, consigo que llegue á la mitad de la cabaña,